

de la inspiración que le anima: ésta es perfectamente simple y homogénea; toda esta moral del niño está fundada sobre la obligación de servir al país y la humanidad de que se forma parte y de mostrarse digno de este país y de la humanidad.

¿No creen nuestros pedagogos que sería muy conveniente la predicación de este decálogo en nuestro país?

(*Alrededor del Mundo*. Madrid).

EL PUMA

EL Puma *Felis puma-Mol*, en tan vasto teatro por donde su especie está representada, tiene diferenciados sus medios de vida según el ambiente, amoldando los estímulos del estómago a lo que le brinda la naturaleza como presa de carne. La República Argentina es abundantísima en pequeños roedores, y el puma, falto de otra caza, no los desdeña, siendo muy frecuente, al abrir el estómago de un puma muerto, encontrar los restos, no bien digeridos, hasta de pequeños roedores. Los cuises, los tucutucos o cururos, constituyen sobre todo, el fundamento de su caza pequeña; los primeros hacia el Norte de la República; los segundos hacia el Sur, donde constituyen la abundante fauna menor. No se ha dicho ni se sabe que el puma en libertad cace y coma pájaros; pero no es difícil que esto suceda, porque en el Jardín Zoológico no sólo los comen con delicia, sino que los conocen instintivamente desde la primera vez y se abalanzan con angurria sobre el pájaro que se les arroja, y muestran experiencia hecha al empezarlo a comer, porque descañándolo en el suelo vientre arriba, empiezan siempre la acción de devorarlo desplumándolo en el pecho y atacando en seguida con los dientes la pechuga, como hacen todos los pequeños carniceros cuando cazan y comen un pájaro. Por lo demás, es sabido que pumas domesticados, mantenidos libres o a la cadena, cuando pueden libertarse o descuidar la vigilancia, forman el terror de los gallineros del vecindario, donde devoran algunas y dejan un tendal de aves muertas.

Pero en el desierto, el puma caza también animales grandes, como el guanaco y el avestruz. En la Patagonia despoblada, donde abundan las dos especies, parece que prefiere cazar guanacos más que avestruces. El hecho es explicable cuando se piensa que el puma, como todo carnívoro grande, al asaltar una presa voluminosa trata de aferrar al animal por el cuello, abrirle las carótidas y lamer la sangre: si quisiera hacer lo propio con el avestruz, no le resultaría la operación. Esto por un lado, que también podría ser que le resultasen peligrosos, o por lo menos incómodos, los vigorosos pataleos

del avestruz durante los estertores de la agonía.

He tenido la suerte, en el valle del río Sheuhen, en el territorio de Santa Cruz, de poder ver desde lejos, y con los anteojos, los preliminares y una caza del avestruz ejecutada por un puma, y que el ojo avizor del indio tehuelche, que me acompañaba, percibió primero desde la alta barranca. En el bajo, donde la vegetación de gramíneas estaba matizada por algún arbusto de incienso y muchas plantas subarborescentes llamadas mata negra, pastaban tranquilos tres avestruces; atrás de una mata negra resaltaba la silueta agazapada de un puma que vigilaba los movimientos del avestruz más cercano a cinco metros quizás y arrastrándose lentamente, como para esconderse mejor cuando el ave corredora podía descubrirlo. La punta de la cola del puma tenía ese pequeño movimiento característico de todos los felinos en postura de caza inmediata. Desde el alto mirador de donde yo observaba, me pareció que ese pequeñísimo movimiento llamó la atención del avestruz, que tendió el pescuezo y torció la cabeza como para ver mejor; de un brinco el puma se le fué encima, arrancándole de un zarpazo un puñado de plumas y carne de la grupa, que lo hizo tumbar al suelo, y cayéndosele encima con todo el peso de su cuerpo, entre los dientes el largo cogote, y no moviéndose de esa posición hasta dos minutos después, quizá esperando la inmovilidad completa. Entonces, teniéndolo siempre por las vértebras del cuello, lo arrastró hasta el centro de una planta de incienso formada por varios troncos que brotaban del suelo. El indio, que en su cabeza veía ya devorada una pieza tan codiciable y de tan fácil conquista, a pequeño galope y en diagonal empezó a bajar la barranca: yo lo seguí. El león nos vió y trató de huir y esconderse entre las ramas más densas de otro arbusto; la boleadora del indio lo alcanzó, y una bala de mi pistola mauser acabó con él. Abiertos sus intestinos, se encontró que el animal estaba en ayunas desde hacía días y que del avestruz había alcanzado a comer unos pocos gramos de su picana.

El animal grande que caza con más frecuencia es el guanaco, prefiriendo siempre las hembras, y, además, el indio sostiene que elige la pieza más gorda de la tropilla. Dice Darwin en su «Viaje al rededor del mundo», que el puma, para cazar más fácilmente, explota la curiosidad del guanaco echándose panza arriba y agitando en el aire las cuatro patas: atraídos los animales por el extraño espectáculo, se abalanza sobre uno de ellos. Pero, generalmente, lo que hace el puma para apoderarse de un guanaco es agazaparse tras una piedra o tras de un arbusto, cerca de las sendas batidas y frecuentadas por esos animales cuando van a la aguada.

Una vez muerta la presa y lamida la primera sangre que brota de la herida, el puma arrastra el pesado cuerpo a veces por más de un centenar de metros, para esconderlo entre las ramas bajas de la vegetación arbustosa del desierto: come allí una pequeña parte, y el resto trata de cubrirlo con tierra y con ramas secas; si no hay arbustos, y el terreno es blando, cava un poco una especie de fosa para enterrar su presa y allí deja su provisión para volver a ella cuando el hambre lo acosa. Pero, frecuentemente, en Patagonia sucede que el campo no tiene vegetación arbustosa, el suelo es duro, la capa de tierra movable insignificante, y cubierto todo el terreno por rodados grandes y chicos que hacen imposible una excavación. Sacia entonces su apetito inmediatamente y se va. Los cóndores, invisibles antes en el horizonte, empiezan a aparecer por todas partes y anuncian desde lejos al viajero el punto en donde el puma acaba de hacer una muerte.

EL puma, para vivir y dormir, no hace cuevas bajo tierra, pero prepara y se acomoda malamente una cama, alisando desniveles y alejando ramas secas entre los matorrales más tupidos del desierto, eligiendo casi siempre en Patagonia los arbustos llamados calafate. Pero es un animal troglodita cuando la naturaleza le brinda cuevas naturales, sean éstas escarbadas por la erosión de las aguas y como cuniculos en las capas sedimentarias, o sean éstas las cavidades producidas por el enfriamiento entre los basaltos terciarios. Parece que las regiones pedregosas con grandes monolitos sueltos, con grutas o simples pequeñas cavidades que resguarden un poco de la intemperie, constituyen en el Sud las guaridas preferidas por los pumas. Es en ellas donde, en su busca, yo entraba siempre prevenido, pero inútilmente, porque el animal, precavido al oír desde lejos los pasos, se había alejado, encontrando a veces tibia la cama de tierra, de sus largas siestas